



LOS PILARES DE LA VIDA CRISTIANA

Escrito dominical, el 22 de febrero

Toda la tradición cristiana ha señalado siempre dos grandes pilares de la vida cristiana: la gracia, que nos permite vivir agradecidos en la gratuidad, y la conciencia humilde de sabernos pecadores, desde la que construimos nuestra vida. Construir la vida cristiana es, en definitiva, vivir en constante conversión.

La vida cristiana es la vida de quienes caminan, de quienes se saben peregrinos en marcha hacia el encuentro con el Absoluto, fieles a los proyectos de su Corazón, que permanece de generación en generación. Ser cristiano es ser uno mismo actuando por la gracia del Señor, dejándose configurar por los sentimientos del Corazón de Cristo, para vivir un servicio de amor y caridad.

Pero ¿dónde se fundamenta la vida cristiana? Todo comienza con un encuentro. Un encuentro que abre la vida, casi como un «flechazo», que transforma el corazón, cambia el paisaje interior y da un sentido nuevo a toda la existencia. Sin este encuentro personal con Cristo, la fe corre el riesgo de reducirse a una costumbre o a un conjunto de prácticas externas; con él, en cambio, la vida entera se convierte en respuesta agradecida al amor recibido.

1. Un encuentro de gracia y gratuidad. Todo parte de aquí. Todo se desarrolla desde esta semilla, llamada a crecer y dar fruto en plenitud. La gracia es la que modela nuestro corazón para que viva agradecido, reconociendo el don inmenso que es Cristo vivo en nosotros. Es una gracia que nos capacita para vivir en el gozo de agradecer todo lo recibido, conscientes de que nada es mérito propio, sino puro regalo de Dios.

2. La conversión: humildad que reconoce la propia fragilidad. Decía san Francisco de Asís que ninguna virtud agrada al Señor si no está alimentada sobre la humildad. La humildad es el cimiento de la santidad, y la santidad no es otra cosa que dejar vivir a Jesús dentro de nosotros. Solo desde la humildad entra Dios en nuestra vida, cuando somos conscientes de que no podemos construir nada sin reconocer que somos pecadores, frágiles y siempre necesitados de misericordia. Es la humildad la que nos lleva a convivir con la Trinidad, para una confianza plena.

Este pilar nos mantiene con una conciencia viva de conversión, «colgados» de su misericordia, agradeciendo una y otra vez las maravillas del amor de Dios que no se cansa de perdonar. En este caminar cristiano, la gracia y la conversión no son realidades aisladas ni momentos puntuales, sino una dinámica permanente que atraviesa toda la vida. El cristiano aprende, día a día, a dejarse mirar por Dios, a confrontar su vida con la luz del Evangelio y a permitir que el Señor vaya sanando, purificando y orientando su corazón. No se trata de una perfección alcanzada por el propio esfuerzo, sino de una docilidad confiada que acepta el ritmo de Dios, sus tiempos y sus modos, sabiendo que Él no se cansa de recomenzar con nosotros.

3. Ser de Dios, no de uno mismo, y ser para los demás es nuestra vida en Cuaresma. De estos dos pilares —la gracia y la humildad— brota una consecuencia clara: no pertenecemos a nosotros mismos, sino ser de Dios y vivir para los demás. La vida cristiana no se encierra en uno mismo, sino que se expresa en la entrega, en el servicio sencillo y en la caridad concreta hacia los hermanos, especialmente hacia los más pobres y necesitados. Solo así la fe se hace creíble y el amor de Dios se hace visible en medio del mundo. Al iniciar el tiempo de la Cuaresma, la Iglesia nos invita de manera especial a volver a estos fundamentos: a dejarnos alcanzar de nuevo por la gracia, a reconocer con humildad nuestra necesidad de conversión y a caminar con esperanza hacia un corazón renovado. Es un tiempo favorable para detenernos, revisar el rumbo y reavivar el deseo de vivir según el Evangelio, dejándonos purificar y transformar por el amor misericordioso de Dios.

Vivamos, pues, desde la realidad concreta de nuestra vida, sostenidos por la gracia y confiados en su misericordia, como verdaderos peregrinos de esperanza, repitiendo con fe y abandono: Corazón de Jesús, en Ti confío.

Cuaresma, con María la Madre de Dios, que como discípula por los caminos de la vida, nos lanza a volver al amor primero, para caminar juntos con Cristo.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España